

enviado a hoja González por Nestor Andres Peña Ruiz

He estado intentando organizar ideas esparcidas para enviarlas a González y aportarle algo, aunque poco, al debate. En un principio este documento word se llamaba "Respuesta González 243". Ahora lo he cambiado y le he puesto "Respuesta González 246, en serio".

Si... porque González continúa gracias a los tres gatos que escriben, los mismos tres que lo leen. Los payasos de un circo con las graderías pero sin público. Dudo que sean más de veinte personas que lo lean y lo se porque tengo acceso a los números.

REC, la "revista de los estudiantes de la Facultad de Arte y Humanidades", parece estar cayendo en la misma espiral infernal, con un comité poco exigente y unos trabajos sin temática clara que terminan creando un conjunto mediocre y flojo. Una revista que la terminan con un trabajo de todo un semestre que nadie mira, ni siquiera los mismos miembros del comité se han puesto en la tarea de leer una revista entera. Pareciera que la revista está ahí para organizar la fiesta del departamento y no lo contrario.

El Exhibicionista, a pesar de lo que digan sus organizadores, tira también más a fiesta y menos a exposición. Una excusa para ir, emborracharse, ver una banda disca punk, sentirse en la onda artística underground que le han pintado a uno y de paso, si pagó para colgar el dibujito, le sirve de relleno en la hoja de vida. ¿Mencioné que a nadie le importan las obras?

Que fracaso... Empaque y vámonos, ¿no?

No.

A pesar de ser fracasos, estos fracasos demuestran mucho más que unos resultados pobres y poco exitosos. Demuestran intereses y preocupaciones genuinas de los que lo hacen. Demuestran, ante todo, ganas de hacer algo. Y eso los diferencia del resto: al menos lo intentan y no callan, porque a pesar de todo el ruido, una voz sigue siendo una voz.

Por eso a mis veinte lectores les digo: si hemos de seguir fracasando, no debemos dejar de intentarlo.

JUEGO DE REGLAS EDITORIAL

González es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de "uniandes.edu.co" y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracritica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

enviado a hoja González por Angélica Fajardo

Asimetría Territorial: prostituyendo el arte en función del discurso



Martillos de la exposición *Asimetría Territorial*. Lester Rodríguez. Sala Principal, Galería Nueveochenta. 2013.

A veces el arte quiere ser escuchado a como dé lugar y algunas obras exclaman desde sus entrañas: "¡Mírame que tengo algo importante que decir!" Y, sin embargo, no siempre lo que dicen es interesante. Si bien el hecho de que se le otorgue una voz al arte es lo que a muchos nos gusta de éste, varios artistas caen en el error de intentar generar un discurso más que una obra, y esto es justamente lo que las convierte en obras efímeras. La exposición *Asimetría Territorial*, de Lester Rodríguez, presentada en la galería nueveochenta, en mi opinión, cayó en la eficacia y en el vacío de discurso, pues, por querer decir mucho, muy poco fue lo que se escuchó.

Asimetría Territorial estaba compuesta por una serie de obras que no sé si eran conceptuales o minimalistas, pseudo-conceptuales, o es más, pseudo-minimalistas. El recorrido iniciaba con un conjunto de cifras numéricas de kilómetros, hechas a partir de palillos de dientes puestos sobre una tabla blanca. Luego se observaban ciertos mapas intervenidos con pintura mal echada sobre algunos territorios. Había también

unos cubos blancos que la verdad no entendí que querían decir o qué tenían que ver con territorios asimétricos, pues todo parecía bastante simétrico y controlado. No sé, a lo mejor la exposición era demasiado intelectual para mí. Y en un cuarto separado e iluminado por una serie de luces se veían dos palas de tierra, una detrás de la otra. Todo me parecía muy raro, incómodo; parecía como si muchas cosas quisieran decir algo, pero al intentar interpretarlas se perdían rápidamente, se volvían eficaces.

Considero que Lester Rodríguez intenta tener un punto de vista en su arte y generar un discurso económico sobre fronteras territoriales, sobre la lucha de clases y la nación, sobre los latinoamericanos y su ardua realidad; sobre los campesinos y su trabajo, o yo que sé, sobre las explotaciones laborales. Pero sea cual sea el motivo de inspiración de Rodríguez, el error, en mi opinión, es que el artista creó su arte a partir de lo que él quería decir y no a partir de la obra misma. Es decir, es un arte que se pierde en un discurso un tanto simplista porque se esfuerza mucho en tener un punto de vista.

No obstante, no trato aquí de demeritar toda la obra de Rodríguez, pues no todas las obras me parecieron vacías de contenido. En especial había una obra al comienzo del recorrido de unos martillos conectados por tornillos que me pareció fascinante, pues por algún motivo me recordó un video de Pink Floyd, "Hammer March", que denotaba justamente una marcha de martillos, y esto me causó gracia e interés. Me parecía que ésta era una obra con movimiento, a diferencia del resto, y por lo tanto esta sí me hablaba sobre territorio sin necesidad de aquel discurso forzado.

Mi lección es que no se le puede pedir eficacia al arte porque se cae en un vacío que privilegia el discurso sobre la obra de arte. A veces menos es más.

-- Angélica Fajardo

enviado a hoja González por Leyling Juliana Cruz Linares

Si los tiburones fueran hombres.

-Si los tiburones fueran hombres -preguntó al señor K. la hija pequeña de su patrona-, ¿se portarían mejor con los pececitos?

-Claro que sí -respondió el señor K.-. Si los tiburones fueran hombres, harían construir en el mar cajas enormes para los pececitos, con toda clase de alimentos en su interior, tanto plantas como materias animales. Se preocuparían de que las cajas tuvieran siempre agua fresca y adoptarían todo tipo de medidas sanitarias. Si, por ejemplo, un pececito se lastimase una aleta, en seguida se la venderían de modo que el pececito no se les muriera prematuramente a los tiburones.

Para que los pececitos no se pusieran tristes habría, de cuando en cuando, grandes fiestas acuáticas, pues los pececitos alegres tienen mejor sabor que los tristes. También habría escuelas en el interior de las cajas. En esas escuelas se enseñaría a los pececitos a entrar en las fauces de los tiburones. Estos necesitarían tener nociones de geografía para mejor localizar a los grandes tiburones, que andan por ahí holgazaneando. Lo principal sería, naturalmente, la formación moral de los pececitos. Se les enseñaría que no hay nada más grande ni más hermoso para un pececito que sacrificarse con alegría; también se les enseñaría a tener fe en los tiburones, y a creerles cuando les dijese que ellos ya se ocupan de forjarles un hermoso porvenir. Se les daría a entender que ese porvenir que se les auguraba sólo estaría asegurado si aprendían a obedecer. Los pececillos deberían guardarse bien de las bajas pasiones, así como de cualquier inclinación materialista, egoísta o marxista. Si algún pececillo mostrase semejantes tendencias, sus compañeros deberían

comunicarlo inmediatamente a los tiburones.

Si los tiburones fueran hombres, se harían naturalmente la guerra entre sí para conquistar cajas y pececillos ajenos. Además, cada tiburón obligaría a sus propios pececillos a combatir en esas guerras. Cada tiburón enseñaría a sus pececillos que entre ellos y los pececillos de otros tiburones existe una enorme diferencia. Si bien todos los pececillos son mudos, proclamarían, lo cierto es que callan en idiomas muy distintos y por eso jamás logran entenderse. A cada pececillo que matase en una guerra a un par de pececillos enemigos, de esos que callan en otro idioma, se les concedería una medalla al coraje y se le otorgaría además el título de héroe. Si los tiburones fueran hombres, tendrían también su arte. Habría hermosos cuadros en los que se representarían los dientes de los tiburones en colores maravillosos, y sus fauces como puros jardines de recreo en los que da gusto retozar. Los teatros del fondo del mar mostrarían a heroicos pececillos entrando entusiasmados en las fauces de los tiburones, y la música sería tan bella que, a sus sonos, arrollados por los pensamientos más deliciosos, como en un ensueño, los pececillos se precipitarían en tropel, precedidos por la banda, dentro de esas fauces. Habría asimismo una religión, si los tiburones fueran hombres. Esa religión enseñaría que la verdadera vida comienza para los pececillos en el estómago de los tiburones. Además, si los tiburones fueran hombres, los pececillos dejarían de ser todos iguales como lo son ahora. Algunos ocuparían ciertos cargos, lo que los colocaría por encima de los demás. A aquellos pececillos que fueran un poco más grandes se les permitiría incluso tragarse a los más pequeños. Los tiburones verían esta práctica con agrado, pues les proporcionaría mayores bocados. Los pececillos más gordos, que serían los que ocupasen ciertos puestos, se encargarían de mantener el orden entre los demás pececillos, y se harían maestros u oficiales, ingenieros especializados en la construcción de cajas, etc. En una palabra: habría por fin en el mar una cultura si los tiburones fueran hombres.

Bertolt Brecht.

enviado a hoja González por M Jiménez

Ultimamente he oído a muchos profesores sobre todo de clases teóricas, quejarse de la apatía, falta de atención y vagancia de los estudiantes de los Andes. Al principio me pregunté si de pronto el problema era más bien que los profesores eran aburridos, sin embargo, algunos que dictan clases en otras universidades aseguran que en otras universidades los estudiantes están interesados en las clases que toman, y lo demuestran, leyendo, estando atentos, discutiendo e incluso confrontando lo que el profesor les plantea.

Estos profesores dicen que por una parte, los estudiantes no tienen la capacidad para estar atentos en una clase y necesitan, o bien estar metidos en sus dispositivos móviles, o cuchicheando durante toda la conferencia. Por otra parte se quejan de la falta de interés por el tema que se estudia puesto que no tienen nada que aportar o ni siquiera han leído las lecturas de clase.

Un profesor asegura que ha hecho el cálculo y que sólo el 10% de los estudiantes muestran interés en su área de estudio. Yo no sé cuáles serán las causas de esta apatía, posiblemente ya lo han visto todo y conocen toda la información que se ofrece en una clase, o son adictos a sus dispositivos móviles y no pueden prestar atención a otro tipo de información, o solo quieren graduarse de la universidad y acomodarse en el cómodo nicho que sus ingresos familiares les aseguran...

Pero si es certera la percepción de estos profesores, entonces los estudiantes más privilegiados del país, los que se graduaron de los supuestos mejores colegios, que han viajado por el mundo, que tienen acceso a tecnología de punta, son los estudiantes más aburridos, apáticos e improductivos del país.

Raro, sobre todo porque apostaré que nadie los obliga a estudiar arte o historia del arte.
